

**L'enfant et l'adolescent  
dans les pays andins**



1983 - Bordeaux - Colquid

---

**DE LA ADOLESCENCIA PRESCINDIBLE.** Notas para un coloquio peruanista.

Hugo NEIRA

---

Comenzaré por agradecer tanto la invitación personal como el interés vuestro por los temas peruanos. Además es ésta una reunión de colegas y de amigos. En cuanto a mi comunicación la he dividido en tres grandes temas. El primero aborda la cuestión de la juventud en tanto que concepto de pretendida validez universalista. Se trata por lo demás, de una reflexión de orden comparativista en torno a lo que suele llamarse y englobarse con la expresión "cultura de la juventud" en los países del Occidente industrial. No hay que olvidar que soy un sudamericano, un profesor peruano de residencia en Francia y que, por lo tanto, lo que aquí ocurre entre los jóvenes suscita también mi curiosidad, y últimamente, mi preocupación. Luego, y en segundo lugar, me ocuparé del tema, más específico, más peruano, de lo que llamo "el juvenilismo" en las mentalidades políticas y culturales en la cultura de mi país durante el presente siglo. Por último, abordaré el tema de la orfandad.

Todo sabemos qué es un joven. Pero la noción de juventud es más vaga y flexible. Y se acomoda a diversas circunstancias y sociedades históricas. En el español clásico se utilizaba la palabra moedad, que se ha perdido. En nuestros días la referencia juvenil apunta a dominios diversos y a la vez, interrelacionados. Es, sucesivamente, una edad de la vida humana, una actividad : como la de estudiar o trabajar y por lo tanto, indica un período de aprendizaje forzado o voluntario. Es, también un lugar en el cuadro familiar. Es un comportamiento : pandilla, "gang" o grupo juvenil, - ese tipo de micro-sociedades que se han multiplicado en las grandes ciudades de los países industrializados. Esto último dibuja un mundo de los adolescentes, crítico y conflictivo. Para comenzar a desbrozar el terreno indico, pues la polisemia de la noción de juventud. Y digo inmediatamente que una

cosa es la juventud y otra la adolescencia : categoría que apunta a un fenómeno más restringido y por su origen histórico, más reciente.

Desde estas consideraciones iniciales, podemos atenernos a una de las significaciones más elementales de juventud. Es decir, la de una edad de la vida, más claramente, a la juventud como sinónimo de un colectivo demográfico.

Ahora bien, en el caso que abordamos, un país, una sociedad andina, el Perú, tenemos a la mano un par de comprobaciones estadísticas. Por una parte, la que nos dice que la expectativa de vida era, hacia 1972, de unos 55 años. En sí misma lo suficientemente baja como para corresponder a la del vecino Chile por los años 1952 a 1954, lo cual es una manera de leer y comparar la modernidad de una y otra sociedad. Los 55 años de expectativa de vida eran el tope estadístico en Suecia hacia 1900 a 1909 y de Inglaterra en 1910 a 1912. Por otra parte, y siempre por 1972, un 45 por ciento de la población peruana tenía menos de 15 años de edad. Si a ese cálculo se le añade las cohortes de jóvenes que llegaban a los veinte años, entonces, la mayoría abrumadora de los peruanos se hallaba entre la de los "muy jóvenes". Es casi innecesario insistir aquí cómo y cuánto incide esta presión demográfica en las cargas colectivas de educación o salud y demanda de empleos. Ninguno de estos índices son indicadores de buena salud ni colectiva ni individual. Por lo demás, es conocida la alta tasa de mortalidad infantil, las deficiencias nutricionales (revelaciones recientes señalan a unos 800 mil a 1 millón de niños con retardo mental diagnosticado) . Se vive mal en el Perú, sin duda alguna. Se vive pronto y apuradamente. Casi no hay viejos. En efecto, la pirámide de edad se estrecha desde los sesenta años. El país ignora las delicias y los problemas de la "troisième âge"

- esa situación que es propia a sociedades ricas y biológicamente estabilizadas si es que no degenerativas, situación que es plenitud y caída, novedad y esclorosis, y doble pulsación : prolongación de la vida útil pero también, carga social y envejecimiento histórico -.

Volvamos al caso del Perú. En un país así, es decir, fundamentalmente joven : ¿cómo discernir el componente sociológico y cultural de lo adolescente y de lo juvenil ? ¿Cómo, la incidencia literaria, intelectual, simbólica ? Que supongo, es la faena interdisciplinaria que en esta reunión de Bordeaux estamos intentando abordar. Dice el proverbio, si todos son romanos, ya no hay romanos. Naturalmente que hay quienes son "los jóvenes" en sociedades globalmente juveniles, por decirlo así. Y que en una sociedad sudamericana de las de hoy, existen niños y otros que todos reconocen como adultos, como en todo grupo humano. Y entre unos y otros, zonas fronterizas, ritos de pasajes, códigos sociales más o menos prescriptos o descritos. Pero la situación de los "más jóvenes" no puede ser la misma en sociedades del bienestar y el industrialismo que en las sociedades de la escasez como la actual peruana, ni el comportamiento de los "más jóvenes" puede orientarse a la gratificación personal o la búsqueda de un placer inmediato como puede ser el caso presentista de la cohorte de los recientemente llegados a las sociedades industriales y de la abundancia. El gran desafío de la modernidad peruana es el de la satisfacción masiva de necesidades básicas y no las del ocio, o la búsqueda de la felicidad individual en medio de una tercera revolución industrial ya en curso. Como no puede ser igual la situación de unos y otros jóvenes en sociedades de la post-industrialización a medias, es algo que resulta evidente y dramático. Tampoco puede serlo, por lo tanto, su socialización. Es decir, la manera como unos y otros jóvenes, viviendo su edad y los privilegios

como la desdichas de su status, se relacionan con sus respectivos conjuntos sociales. Y relacionan su particularismo juvenil, más o menos marcado según los casos (menos marcado en las sociedades latino-americanas como lo demostraré más adelante) con lo universal, sea esto último, su sociedad por entera, su época, su tiempo, los otros, la historia.

Estas puestas en guardia son necesarias. La mayoría de trabajos dedicados al tema, a la sociología de la juventud, provienen de los Estados Unidos y de Europa occidental y es perfectamente lógico que así sea dado que en estas sociedades el fenómeno de una cultura de los adolescentes alcanza unos perfiles precisos. Hay en cambio pocos estudios de este tipo para la América Latina y esa omisión también es una manera de leer en la realidad. Los hay, pero menos, si consideramos los consagrados por ejemplo al tema campesino o al de la dependencia tecnológica o económica. Ahora bien, con una literatura científica, viajan sus supuestos. Las sociedades industriales tienden a considerar sus particularidades como universalidades. Y yo creo, por mi parte, que el tema de la juventud, tal y como es visto, vivido y vaticinado en el Occidente industrial es un accidente particular.

Es preciso escapar a la falsa impresión de similitud entre las sociedades sudamericanas y un próximo pasado de las europeas. Por algunos rasgos, parecen las primeras vivir la situación anterior a la revolución industrial. Cuando la gente duraba en Europa a lo mucho cuarenta o cincuenta años. La vida era eso que transcurría entre los quince o los treinta y cinco. Cuando el statu juvenil era casi inexistente en los días de la revolución industrial. Cuando David Coperfield debe ponerse a trabajar a los catorce años. Cuando ser joven era a lo sumo un asunto de ricos.

En Occidente se encontró o se inventó la adolescencia, un poco más tarde.

Para este invento - quizá tan importante como el de la agricultura, la ciudad o el Estado - fueron precisos dos tipos de operaciones históricas, extremadamente complejas, y como se diría en cierta corriente del marxismo contemporáneo, en operaciones "sobredeterminadas". De un lado, el establecimiento de un sistema educativo masivo. El fin del preceptor familiar o del cura y la victoriosa difusión del maestroescuela público y laico. Parece poco pero no lo es. No se trata solamente como piensan algunos ingenuos que un gran número accediese al abecedario. Sino como adquirirían las primeras letras, y en donde. Es decir, esa socialización ocurría más allá de los hogares, fuera de la sapiencia familiar y enfrentando y a veces contrariando el poder del "pater-familias". Arrancar a los niños para situarlos en ese estado de no producción inmediata que es la escuela, fue y es todavía, un triunfo contra el egoísmo paterno. La familia comenzó a achicarse para que la sociedad civil se hiciera más amplia. Cuesta decirlo, pero la civilización moderna se ha hecho contra la familia, y la historia no ha todavía concluido esa labor de zapa (el feminismo es otro avatar de esa desfamilización histórica...) En fin, la otra gran operación sobredeterminada (que es operación a la vez económica, simbólica, social, etc) fue la de exceptuar a los niños del trabajo precoz. Sin duda, sobreviven aquí y allá, padres que prefieren poner a trabajar a sus hijos que enviarlos a las escuelas. Pero en muchos países, eso está penado por la ley. Y en general, una sociedad moderna es ésa en que sus niños no trabajan sino estudian.

Las sociedades europeas del tipo pre-industrial vivieron sus días. Las sociedades sudamericanas actuales ni las reproducen

ni las reemplazan. Ciertamente, presentan rasgos de modernidad y de arcaísmos, confundidos. Por ejemplo, una sociedad como la peruana (pero podría ser casi otra, con excepción de Cuba) es una sociedad de masiva escolarización pero en la cual existe la supervivencia del trabajo para niños y adolescentes. Y esto bajo la forma de simultaneidad, es decir, que los mismos que estudian son casi los mismos que también trabajan.

Pienso en Lima a su hora vespertina o nocturna. Al caer la tarde, centenares de millares de escolares van hacia colegios y escuelas (mal que bien) condicionados a esa demanda masiva, para recibir en las mismas aulas que durante la jornada diurna albergó a otros millares de estudiantes, a esos que vienen por la tarde, por que trabajan. ¿Qué son pues, esos jóvenes? Por un lado, escolares. Por el otro, trabajadores, probablemente del llamado sector informal. Así, el estatuto o condición juvenil está cargado de ambigüedad. Por un lado, tienen acceso a formas de aprendizaje, a un saber, que no tuvieron sus padres.

Por el otro, la pobreza del país, la dislocada urbanización, la incompleta industrialización, la carencia de acumulados recursos colectivos o privados, no les permite, en suma, el pertenecer a unas clases de edad enteramente pasivas. Escolaridad y actividad laboral van de la mano. La edad juvenil no evita las fatigas del oficio de adulto. Muchos de esos jóvenes son, para colmo, precoces padres. O jefes de familias en donde falta una de las figuras paternales en un país en donde con la emigración a las urbes, los cambios de residencia que se acompañan de cambios de mentalidad, de trastornos en el comportamiento y en la conducta, los abandonos familiares son frecuentes. Y a ese joven, precozmente adulto, ¿en dónde situarlo? ¿Conoce el status de adolescente? Diríamos que no.

Otro es el significado del tópico de "la cultura de la juventud" en las sociedades del Occidente industrial. Ésa es una temática sin duda ligada a la crisis de esa misma sociedad industrial y que por los alcances de la civilización del maquinismo



no deja de ser una crisis mundial. Pero precisamente porque proviene del maquinismo y de un cierto agotamiento de éste, y del consumismo masivo, es algo que no afecta de frente a ningún país del área latinoamericana. Por la simple razón de que ninguno ha completado del todo su modernidad industrial. Por otra parte, el gran movimiento de rebelión de la juventud en los países del Occidente industrial y que alcanzó su clímax en la década de los sesenta y setenta, comienza a agotarse ante nuestros ojos y parece dejar paso a una nueva moral del conformismo si es que no a cosas peores. En todo caso, la revuelta de los adolescentes ricos - y no solo mayo de 1968 - es algo ligado a la situación del adolescente y a su conflictividad ante los roles del adulto, pero en los Estados Unidos, Europa occidental, el Japón, e inclusive, uno que otro país de la Europa del Este. Pero difícilmente en sociedades del tipo de la América Latina, aun incluyendo a países del área, los más urbanos, como Argentina o Venezuela, o los más próximos a la condición de "potencias emergentes", como México o el Brasil. Nos protege el hecho mismo de nuestros retardos, que ni el confort material ni el consumismo se hayan generalizado de manera que los adolescentes protesten por la plétora y no por la escasez. Al parecer la crisis cultural de la adolescencia resulta una paradójal secuela de la economía del bienestar la que también trae consigo la difusión de una moral del dinero y del hedonismo, la deshumanización de las relaciones sociales en parte por la competencia y en parte por el aislamiento. La tristeza de las grandes ciudades en pleno esplendor de las sociedades productivas es algo más que un tópico. El macadam de Nueva York o de París o Londres es recorrido por nuevas tribus de desadaptados, por una barbarie de adentro. Todo ello se puede explicar : los rápidos cambios, desde las casitas sub-urbanas a las autopistas, la división extrema del trabajo y el ritmo de vida industrial, han producido una ruptura de los usos y costumbres hasta hace poco

,  
s  
n

un

;

;

es,

;

;

a

s-

o

sedentarios sino rurales, y el desencaje del antiguo tejido social y familiar. La familia nuclear expulsa los abuelos al asilo, a los niños al parvulario, a los más jóvenes al campamento vacacional y a los cursos de idiomas en el extranjero. Nada está previsto en los departamentos modernos y estrechos, que el urbanista y filósofo de la historia Lewis Mumford comparaba a palomares, ni para los ancianos ni para los huéspedes o amigos. Si el habitat familiar es angosto y las mass-media apresuran la consumación de modas, nadie puede extrañarse de la distancia entre generaciones. Pero aun esta misma noción resulta ahora escasa para dar cuenta de esa implosión social. Cuando el filósofo español Ortega y Gasset pensaba en una generación, pensaba en una fila de hombres a los que separaba al menos quince años. Ahora los cambios son más cortos, de lustros. Hay que pensar en términos muy breves, de contingentes, de camadas. Sea cual fuese ese "tempo" que se instala entre unos y otros, este deriva hacia un estallido de la sociedad -una implosión- en otras tantas micro-sociedades. En una suerte de tribus distantes unas y otras. La idea de tribu nos es gratuita : fuera del recinto de los conocidos, todos es extrañeza y hosquedad. Ahora bien, estos estilos de vida diferentes podrían conducir a una sociedad de diferencias. Y por ello ; más rica, edificada sobre los particularismos. Pero el caso es que más bien los estilos de vida y sus habitantes, burgueses y "loubards", rockeros y los otros, se enfrentan, a la vez, que se ignoran.

Así, el principio mismo de la vivencia de la adolescencia queda fracturada. ¿ Y cuál es esa vivencia, ese principio fundamental y actuante ? Que la adolescencia fue tradicionalmente un tiempo de espera, por momentos de demora, sea ésta racional (mientras adquirían las competencias) o fraguada : hasta el momento de la herencia individual o social. Pero con la crisis, y la ruptura de valores, se ha trastornado este procedimiento. De un

lado, los sistemas económicos de los países del capitalismo avanzado cogidos por un ciclo de remodelaje económico gigantesco del cual no se ve aun la salida, no tienen por el instante en donde colocar masivamente a sus jóvenes en los mercados de trabajo y de consumo. Por el otro, el adolescente esperaba cuando el modelo del padre y del adulto estaba cargado de prestigio, lo cual hoy no ocurre. Hoy los adolescentes de los países industriales no tienen ni razones económicas ni filosóficas para esperar.

Lo que hacen es autoorganizarse. No se crea, sin embargo, que aludo a algún fenómeno de organización política o económico o religioso de los ya conocidos, tipo del kibbutz o cooperativo tercermundista. La autoorganización a la que me refiero es menos programa y mas pulsión espontánea, está más cerca de las organizaciones del desorden a que hacen mención los biólogos y los físicos. Tiene más que ver con lo aleatorio que con la regla.

En efecto, la producción de una autonomía de la juventud brota de la comprobación del largo tiempo, cada vez más largo que separa niñez y adultez, del ingreso diferido a esta última, sea al acceder a un trabajo estable, a la fundación de una familia, o a ambas cosas. Pero que se puede hacer durante esos años en que los jóvenes, para usar una feliz expresión de un sociólogo español, están condenados a la adolescencia forzosa (1).

---

(1) Alberto MONCADA, La adolescencia forzosa, Madrid, 1979.

Pues nada menos que responder a la marginación con una suerte de espacio cultural imprevisible y autónomo. Los adolescentes de los países industriales, en suma, producen sus propios ritos y modas, códigos y lugares, y sus modas. Rock, look, fast food. Esta autonomía es no sólo forzosa sino crispada. Esos estilos no son inocentes. Han sido provocados por la exclusión y sirven a su vez no sólo para conocer sino para desconocer, para integrar (a los jóvenes) y para excluir a quienes dejan de serlo. Es la moral del ghetto. Pero afortunado o catastrófico, feliz o desdichado, el ghetto juvenil (ciertas salas de baile, cierta manera de vestirse, una convivencialidad que sólo reconoce a los suyos) no es sino la reproducción en los más jóvenes de otros ghettos, menos saludables. Como el ghetto de los de la tercera edad, el ghetto de los adultos ; el ghetto de los trabajadores emigrados, y así sucesivamente. Pero la verdadera guerra no es con el extranjero ni con el viejo , ambos, vencidos por definición. Puesto que pertenecen al país del retorno o al país de la muerte. La verdadera guerra de exclusiones es con el adulto, deseado y distanciado. Si en un tiempo los jóvenes europeos se fabricaron una cultura comunitaria y sensual fue como una respuesta al excesivo individualismo y privatización a ultranza de sus mayores, aunque ahora anden de bajada de las utopías libertarias de los setenta, del esplendor y el sueño de esos años. Pero el ideal anti-conformista, individualista o colectivista, la proliferación de laboratorios utópicos desde la ruptura beatnik al espectáculo de los hippies, requiere que exista una sociedad normalizada a la que hay que negar desde los grandes temas y la práctica de la revuelta juvenil, desde el Far-West americano y sus colonias de retorno a la vida rural hasta la revuelta que alcanzaba el corazón del Estado del Mayo de 1968. Unas sociedades normalizadas, estables y homogéneas, en parte explican el origen del anticonformismo como su

posterior neutralización, absorción, vanalización. Al fin de cuentas, Occidente traga de todo, y el vientre milenarista de París o Roma ha devorado desde los trajes agresivamente negros de los románticos del XIX a los de los "punk" de estos días. El anticonformismo es una forma del orden y de su transformación. La disconformidad es la manera de la reproducción social. La revuelta, gestual o discursiva, en la calle o en los campus, se alejó, estalló y se integró. El primer Woodstock fue un escándalo. Después, un negocio.

Volvamos ahora los ojos a las sociedades periféricas, a esa franja a la vez inestable y pobre del planeta. Son pobres por la vía de la dominación externa, del saqueo secular y del peso ciertamente de las oligarquías lugareñas. Pero son también profundamente inestables. Se puede ver en esa inestabilidad una raíz dinámica, engendradora de cambios y de revoluciones. También hay que ver como crea transtornos y una forma de desorden que se basta a sí mismo. Ahora bien, los transtornos sociales y psicológicos no son el cambio. A veces son lo que impiden la racionalidad, diría la violencia racional, de un cambio. Más de un gobierno progresista derribado por la alianza de las inercias colectivas lo ha sabido trágicamente.

El tema del conservadurismo popular no tiene ni buena prensa ni una sociología dispuesta al examen. Además la transferencia de un lenguaje y unas ciencias sociales provenientes del mundo industrial le prestan a esas sociedades una coherencia que, a veces, no tienen. Sería muy fácil proseguir aquí, por la vía de las comparaciones, entre el inconformismo de los jóvenes en uno y otro lado del mundo, del lado europeo-norteamericano y del latinoamericano. Ése sería un esfuerzo en primer lugar ambiguo. Y en segundo lugar, equívoco. No es forzoso que la adolescencia

sea rebelde : la actitud de los más jóvenes en la Europa de nuestros días nos revela que no es precisamente una vocación revolucionaria lo que les denomina. Han dejado de reprochar a sus mayores el bienestar y el consumismo. Lo que les inquieta es no poder ahora ingresar en el orden de las cosas y la adquisición de salarios y mercancías. En cuanto al inconformismo de los jóvenes latinoamericanos la noción misma es equívoca. Para que haya inconformismo tiene que haber forma, conformidad. Y lo que ellos enfrentan son sociedades mas bien desechas que demasiado hechas o concluidas, inestables que estables, caóticas que formales, y para decirlo como cabía hacerlo la España anterior al industrialismo, "invertibradas".

Inconformismo, sin duda. Pero a niveles morales y políticos. Y por motivaciones otras : no el exceso de orden sino lo contrario. Algunos ejemplos, desde la cotidianidad, pueden conducirnos a comprender esa revuelta que tanto se parece, finalmente, a un moralismo en busca de coherencia que a la protesta por ahogamiento bajo una civilización secular, de sus pares europeos.

Hay grandes ciudades en uno y otro lado del mundo. Se conviene, no obstante, que lo que caracteriza a las grandes urbes industriales es la tristeza, y de ahí, la incomunicación, la soledad, la enfermedad del "stress". No es el desierto gélido del orden policial y sobreprotector lo que deshumaniza a una urbe como México o Lima, sino el caos habitacional, el desorden urbano y el ruido. De las maneras de vivir surge en un lado, el inquietante silencio, en el otro, el incivil bullicio, dos maneras del exceso. Aquí es difícil comunicarse. Allá, el permanecer solo.

Pero no es eso todo. Los hijos del confort industrial se rebelan contra un tejido de reglamentaciones que los envuelve y asfixia.

Sus burguesías, que gobiernan siglos, han creado algo colectivo, al fin de cuentas, que se llame capitalismo o sociedad industrial, algo que a la vez reprime y funciona, castiga y reparte, acumula y dilapida. Una cierta racionalidad y un orden. No entender esto es incomprender la quintaesencia del proceso histórico de la modernidad, la razón de los esfuerzos de Marx y de Weber, y no distinguir entre burguesías centrales y lumpenburguesías periféricas, dejar pasar la ocasión de comprender, una vez por todas, la nota de nuestro inacabamiento. El hecho maldito de nuestra historia no es lo que se hizo, sino lo que dejó de hacerse; nación e industrialización, Estado y cultura propias, ley y pueblo.

Un mismo proceso histórico, sin embargo, ha unido Europa y lo que fuera Indias en el XVI. Y ha ido acumulando riquezas en un espacio histórico y drenándolo del otro. Esto es así y ha sido suficientemente demostrado. Lo que aquí nos interesa es la actitud de unos y otros jóvenes ante la acumulada herencia; llámense civilización, cultura, saber. Se diría que los apetitos cambian de signo a uno y otro lado de la medalla. De ahí que ciertas utopías en boga en los jóvenes occidentales sean incomprensibles para los sudamericanos. Cuando hippies y ecologistas preconizan el retorno a la vida aldeana y comunitaria -dejar las satánicas urbes e ir a vivir a la campiña- millares de migrantes dejan en toda la América Latina el campo por las zonas urbanas, asimiladas estas últimas a la antifeudalidad. Lo comunitario y lo gregario no es un programa futurista, es la triste realidad de la que huyen, para buscar en el aire de las urbes, un aire de libertad, como los campesinos de la Edad Media tras las murallas ciudadinas. La utopía anticultural de los occidentales es todavía menos comprensible. El saber, sin duda, también se acumula. Y ante el exceso que es Museo, Biblioteca o Escuela obligatoria, los jóvenes europeos desertan o crean otra contra-cultura, en circuito cerrado que va

del rock a las drogas. El escándalo radica en su indiferencia ante la acumulación de saber y de información que les ofrece una sociedad de servicios culturales múltiples y casi gratuitos. Para los jóvenes sudamericanos del trópico triste el escándalo radica no en la oferta del consumismo de una cultura humanista sino en su ausencia. Las grandes ciudades latinoamericanas no son el florido bazar heterocultural de las urbes europeas sino un desierto con quizá uno que otro islote de importación norteamericana y tal vez meandros de cultura popular todavía en sus períodos primarios o "folk". Todo extremo es pernicioso, acumulación o carencia, jungla o páramo. La civilización, entendida como tesorerización de objetos culturales, resulta en un lado pernicioso por exceso. En el otro es un deseo, una ausencia, un fantasma. Para conjurarla los sudamericanos llegan ávidos a Roma o París, en un gesto que otros adolescentes habituados al espectáculo permanente y renovado de las ferias culturales que son todavía en música y artes plásticas, tecnología y saber, las viejas urbes europeas, pueden interpretar como un gesto servil, de parvenus y de metequismo. Se olvida que esos jóvenes sudamericanos sienten a Europa como un antecedente. Y como la ha dicho en su momento Borges, adoptan una actitud de herederos. Y que desde su positiva barbarie y curiosidad, construyen la mutación de los estilos, es decir, esa civilización del otro lado del Atlántico, que es Europa y es también África y América India. Y quizá, como los actuales japoneses, la mutación de las ciencias y el saber-hacer.

Los jóvenes sudamericanos son de alguna manera, "extremo occidentales" (la noción es de Octavio Paz). Habitantes de un espacio económico y geográfico en donde no se hizo en el siglo XIX ni la revolución industrial ni la construcción de la nación, pero eso no les impide que sueñen con lo que quizá sobra a sus



ica  
su

pares centro-occidentales : grandes urbes repletas de cultura, confort ciudadano y transportes masivos. La denigrada civilización urbana por las últimas modas juveniles occidentales es algo incomprensible para quienes no han recibido ni la herencia del ocio ni el exceso material.

la  
s  
-  
o-  
ec-  
mo  
i  
mo  
ros.  
ta-  
al

Urbanicistas y culturalistas, para decirlo así, no es lo único que los diferencia en cuanto a comportamientos colectivos. Ni el hecho que unos tiendan al desorden para renovar y los otros al orden casi por la misma razón. Sino a sus emplazamientos. La cultura de la juventud en las sociedades industriales se desinteresa en nuestros días de las filosofías políticas y de las religiones de Estado. Éstas insistieron cuando hasta hace muy poco tuvieron vigencia, en la necesidad de totalidad. Cuando se ha llegado a un punto en que la reglamentación está por todas partes, la aspiración no puede ser al sistema sino a su contrario. Todos los signos vitales de la juventud post-industrial tienden, desde el uniforme jean a la banalización del kitsch a enfrentar esa racionalidad englobante, mediante los gestos de una variada e incesante desestructuración. Música o trajes, todo tiende a descodificar, mediante combinaciones excesivas. Es el carnaval de los estilos. Contra los prototipos, los anti-estilos.

as

La "cultura de la juventud" invita, en última instancia, a unas prácticas culturales al margen. Ser joven, de esta manera no es sólo afirmarse en unos comportamientos propios. Es, particularmente, hacer lo contrario del adulto. Este juego de distancias y voluntarios antagonismos salta a la vista cuando se repara que a las tradicionales "manières de table" oponen los adolescentes unas comidas rápidas, a los trajes sus ropas esperpénticas, a la musicalidad sacralizada del concierto sus ritos y aquelarres colectivos. Otras maneras y lugares, otras señas de identidad.

¿Se sienten marginales los jóvenes sudamericanos? Me parece que así no. Lo cual no quiere decir que su situación sea preferible o ostensiblemente mejor que la de sus pares centro occidentales. Todo lo contrario. Pero un joven ecuatoriano o brasileño puede que sea, por ejemplo, un parado de por vida o un semi-educado. Esto no le ocurre, sin embargo, porque sea joven. Pues tanto el paro como la semieducación son defectos estructurales de su sociedad por entera y no propios a su condición juvenil. Sin duda, es un insatisfecho de veinte años. Pero puede que tuviese cuarenta o cincuenta, y también lo fuera: parado, semi educado, etc. No es lo juvenil constitutivo de lo marginal.

Las calles de San Paulo y alguna otra gran urbe, puede que sin embargo ostenten una marginalidad de importación: cripto-punks, jóvenes de barrios pobres disfrazados no obstante de sub beat, adeptos al "junk" último, parte del negocio internacional de la industria del disco y la electrónica. Pero en general, los jóvenes en tierras sudamericanas no constituyen un mercado masivo de consumo, como en Europa occidental o en los Estados Unidos, donde los adolescentes forzosos tienen capacidad de gastos, adquieren discos y ropa, viajes y frecuentan lugares, y en general, se apropian privadamente de sus satisfacciones. Un mercado así, masivo, no existe en ningún país del área latinoamericana, incluyendo los más encaminados a la urbanización y la industrialización. Ciertamente, la clase media caraqueña o paulista, puede alinear algunos millares de esots adolescentes, consumidores juveniles de ropa de deporte y artículos y música que siguen las pautas de consumo americanas. Pero esa marginalidad es de lujo y no expresa finalmente nada trasladada a la América Latina y adoptada por las clases altas, como mostraba hace poco una revista limeña, cuando las bien alimentadas hijas de la alta sociedad en una fiesta social se disfrazaban de miserables punk londinenses. No conocerán aquéllas

ni el abandono del hogar ni el hambre. Ese mundo de la inautenticidad en los adolescentes privilegiados de los países latino-americanos apenas ha sido rozado en los cuentos de Vargas Llosa y en "Un mundo para Julius" de Alfredo Bryce, y espera, todavía, un relator mas sardónico, un tanto más despiadado.

Para los sudamericanos lo marginal no es necesariamente lo juvenil. Más marginal es un pobre, un campesino que un joven por el hecho de serlo. Es más. La juventud no es esa situación que se identifica forzosamente con la inmadurez. Esto de la inmadurez es una noción cultural e histórica. Y prospera en culturas que pueden hacer esperar a sus jóvenes, convertidos en adolescentes, repito, en adolescentes forzosos. Para un joven sudamericano la inmadura no es su condición, que puede ser vivida como expectativa y hasta con un aura de mesianismo, sino su sociedad.

¿Porque no se ha formado esa cultura de la juventud en los países sudamericanos ? No sólo por carencia de recursos materiales y económicos. Sino porque a diferencia de los jóvenes europeos que se quedan en el ghetto cultural de la "jeunesse", con cierta lógica y razón, pues tienen que esperar que se retiren o mueran los adultos para reemplazarlos en los mercados de trabajo, los sudamericanos jóvenes, son más, muchos más que sus mayores. Además, hace tiempo que en estas sociedades, los estables, es decir, quienes tienen un puesto de trabajo reconocido por las leyes, sindicalizado, salariado, etc, son menos que el inmenso ejército de los inestables. Y no hay ninguna señal que esta tendencia se vaya a modificar en los años venideros. En otras palabras, no puede esperar. Tiene que ir creando sus propias formas de supervivencia. Sólo las sociedades estables y en plena desnatalización pueden darse el lujo de aparcarse a sus menores y empujarlos a crear una cultura

de transición, la cultura de la "jeunesse". Los jóvenes sudamericanos son demasiado numerosos para encerrarlos en ningún "ghetto". Y por otra parte, su posición en sus sociedades malformadas y explosivas, no es la de vivir en los intersticios sino recuperar el centro solar. Y ése es el tema del juvenilismo que examinaré más adelante.

En definitiva, se es joven en esas sociedades periféricas donde abrumadoramente casi todo el mundo lo es. Hace poco me detenía en la lectura de una crónica policial en un gran diario limeño, un asunto siniestro, historia de drogas y lenocinios. Quizá estaba pensando en este asunto del juvenilismo americano pues me sorprendió el hecho que todos los personajes implicados, prostitutas y clientes, policías y traficantes, incluyendo al periodista que describía el suceso, absolutamente todos no sobrepasaban la treintena. El paisaje humano en las grandes ciudades sudamericanas es intrascendentemente juvenil y supongo que algo por el estilo debe ocurrir en las superpobladas ciudades asiáticas, en Singapur o Macao, nuestros pares del otro lado del mundo. En sociedades así, la referencia juvenil es un asunto banal. Está lejos de constituir ninguna preciosa marginalidad ni alguna singular especificidad. Por el contrario, los años juveniles conforman un período de la vida un poco menos sórdido y menos doliente que otros en mundos de crueles e inhumanas competencias por la supervivencia. Bajo condiciones demográficas y sociales de este orden, sin constituir ni un mercado ni un tiempo de espera, jóvenes y adolescentes no integran una exacerbada, y arrinconada, categoría social como acontece en los países del Occidente industrial. Se es joven. Pero no hay "cultura de la juventud". Las consecuencias son enormes.

i-  
:o".

r  
é

is

io

o  
os,

obre-  
des  
lgo  
áticas,

En  
tá lejos

ar  
n un

ie  
super-  
orden,

y  
egoría  
. Se  
encias

La primera es que los jóvenes se saben importantes. Y particularmente, los que si estudian, no trabajan, y se acercan a eso que es un adolescente en sociedades de abundancia. El juvenalismo al que me refiero es pues algo que compete a las minorías juveniles, estudiantiles en su mayoría, y como es sabido, intensamente politizadas. Minorías decimos bien, no la totalidad de los jóvenes, pero sí, en cambio, sus sectores más activos. El juvenalismo es la toma de conciencia de ese privilegio, y su transformación en mito ideológico, forma de vida y agente de acción social.

En efecto, desde muy temprano el siglo, los jóvenes situados en las condiciones singularísimas y privilegiadas que les permitía la prolongación de la edad escolar hasta la edad viril, que era lo mismo que ocurría en las sociedades industriales pero en este caso, en escala muchísimo menor, se dieron cuenta de su primacía. De un lado, ante los otros jóvenes, excluidos de la enseñanza superior y devorados por tareas digamos adultas, que hemos examinado anteriormente. Y del otro, de su rivalidad, como jóvenes instruidos, ante los detentores de puestos y roles prestigiosos. Surgirá de esta manera, una temática de la juventud como fuerza forzosamente revolucionaria. En la doble operación que consiste en segregar una moral de conducción ante los jóvenes obreros y campesinos y una moral de substitución ante los intelectuales y dirigentes de las clases dominantes.

El juvenalismo al que me refiero, no es pues una idea abstracta sino un principio de conducta público. Y tiene, por ser histórico, data y sentido. En el Perú surge por los años veinte (y de una cierta manera, no se ha desvanecido) Sumariamente se recordará que esos años son los de la aparición de la "reforma universitaria", y con ella, de una vanguardia no sólo política,

sino estética, filosófica. Se han tomado en cuenta otras notas de ese movimiento, y de los partidos políticos que ayudaron a nacer, como el aprismo, notas de nacionalismo continental, de anti-imperialismo, etc. Se ha dejado en la penumbra, asombrosamente, lo que a mi juicio constituye el mito fundador de ese momento de la modernidad política y que no es otro que la exaltación de los más jóvenes, no sólo clasista sino generacional, tanto política como moral. Provenían de una adolescencia reprimida y aristocratizante de finales del XIX y pasaron al otro extremo: los inmaduros no eran los jóvenes sino los viejos. Su Maestro no fue inútilmente Manuel González Prada, "los jóvenes a la obra, los viejos a la tumba". El mito juvenilista rodó, auspiciado con las corrientes positivistas y cientistas, la crisis europea y la aparición de los grandes movimientos del proletariado y la clase media, de uno a otro lado del continente. De ahí arrancaron los partidos populistas y los primeros marxistas.

Del mito juvenilista que nutría poderosamente el aprismo peruano, hoy podemos examinarlo. El aprismo ha sido muchas cosas; una emoción colectiva, un aparato extraordinariamente jerarquizado, una constante electoral, y hasta un liderazgo singular, el de Haya de la Torre. Y el hecho dominante de la vida política en el siglo XX peruano. Pero genéticamente fue una hermandad generacional. Lo formaron un puñado de jóvenes que se conocieron en aulas universitarias y luchas callejeras y más tarde, en el petardo y la huelga general. Y nunca dejó de ser una hermandad partidular. Tenían en común con marxistas la temática de las clases. Y con los indigenistas, las de las "etnias" enfrentadas. Pero expresaban más bien el conflicto de generaciones, no sólo político sino literario, estético, interpretativo. Y por eso se ligaron a ellos, el post-modernismo poético de César Vallejo, la narrativa nacional de Ciro Alegría. En un célebre editorial de Amauta

que todos conocemos, Mariátegui intentó corregir esa temática generacional y emocional por una más austera y clasista. Pero el juvenilismo permaneció.

Con el tiempo, la hermandad de fundadores fue, a su vez envejeciendo. Y la fresca y arrogante cohorte juvenil de los años treinta, Haya, Seoane, Sánchez, fue transformándose, como el propio partido, y hacia los años sesenta, era un partido de hombres maduros y con canas, fatigado de merodear un inasequible poder. Pero la temática del juvenilismo tuvo mejor fortuna que sus fundadores. En nombre de la juventud, elevada a categoría absoluta, y no sólo de las ideas o de la estrategia del poder, las nuevas izquierdas impugnaron a Haya y a sus leales contemporáneos. El ciclo de irreverencias se continúa hasta nuestros días. Y para Sendero, por ejemplo, cuyos militantes, huelga decir, son todos muy jóvenes, la otra izquierda, que no es insurreccional, no sólo es urbana y cretinamente parlamentaria, sino vieja. Nada hay más codificado que los mitos. Y con arreglo a éste, el del juvenilismo, la izquierda tiene que ser joven. Los líderes, con los años, han de traicionar. Los jóvenes deberán ser, más radicales que sus predecesores.

Ese juvenilismo que no cesa, que tiene sus modificaciones y nuevas encarnaciones, siempre heroicas y siempre fracasadas, esconde en realidad el hecho maldito de nuestra vida pública. Éste consiste en el origen elitario de los movimientos sociales o progresistas de transformación colectiva. No es preciso entrar al detalle para saber que rara vez los movimientos políticos más radicales dejan de provenir de esas capas aristocráticas de jóvenes educados, con la considerable distorsión que esto implica. Parecería que en las sociedades periféricas todo ocurre de una otra manera y ese destino no escapa ni el mismo marxismo. Lo popular puede así irse por un lado y el

radicalismo juvenil y marxista por el otro. Y la tentación de hacer las revoluciones no sólo por el pueblo, lo cual es el mecanismo de substitución que conocen otros lenilismos en otras sociedades, sino contra el pueblo, mediante el terrorismo y la guerra prolongada. Este socialismo aristocratizante no se corrige cuando se accede al poder. Si los generales sueñan con la Presidencia como grado militar último, los dirigentes universitarios hacen lo propio con una posible entronización en el mando supremo como líder Máximo y primer secretario del Partido Único. El juvenilismo nace autoritario y jerarquizado y genera un marxismo para la periferia, ilustrado y despótico.

No es la primera vez en la historia de las ideas de América que una doctrina inicialmente liberadora sirve no a la democratización de la vida pública ni al acceso de los humildes al poder sino a una circulación de élites en la cima. Las doctrinas liberales de los próceres y fundadores de nuestra Independencia engendraron el personalismo de los caudillos del XIX. El mito jacobino y bonapartista se dieron cita en los Trópicos y altiplanicies hasta degradarse, hasta la caricatura : Melgarejo, Cipriano Castro. El positivismo europeo de Spencer y Comte fue doctrina para consolidar la experiencia conservadora del México de Porfirio Díaz. Y actualmente el marxismo es menos la expresión de unas clases subalternas y más la preparación de un tipo de poder que no cuestionará ni su permanencia ni su legitimidad, fundado en una iluminada conciencia de sí que arranca en el juvenilismo tanto o más que el mesianismo de la propia doctrina.

Quedan naturalmente exceptuados de ese juvenilismo, supuesto vital de las minorías activas y de las vanguardias universitarias y artísticas, la inmensa mayoría de jóvenes para quienes la juventud no constituye por sí misma un punto de legitimidad desde el cual



preparar una clase dirigente de substitución, sumidos como están en los imperativos de la lucha por la vida. Los estilos de vida juveniles, son profundamente distintos, abajo y arriba de la sociedad, en el lado rural o urbano, en la Capital o en la aldea.

e

io

smo

ica

i-

-

en-

no

asta

]

idar

al-

nas

su

cia

no

esto

as y

tud

]

De la aldea vino César Vallejo. La descripción que de él hace otro gran escritor peruano, Ciro Alegría, quien le conoció como maestroescuela, es conmovedora y significativa de los problemas que podía enfrentar un adolescente pueblerino en los medios literarios de una ciudad conservadora y provinciana como el Trujillo de comienzos de siglo. Vallejo tampoco fue bien acogido por la crítica literaria limeña, con excepción de Antenor Orrego. Hay como una herida narcicista en ese joven aldeano de tez cetrina y el reclamo permanente del hogar familiar, del terruño y de la madre provienen de esa como crisis de identidad. Al menos para la madre, César será siempre el que era. Cuando ella muere, "cuando nadie le espera en el ofertorio de los choclos" entonces y sólo entonces, se resigna a partir, y el viaje a Europa es en muchos sentidos una apertura pero también una fuga en donde se multiplicarán hasta el dolor metafísico de sus poemas, las diversas orfandades.

El exilio del reino dulce de la madre y de la infancia en Vallejo recuerdan la de otro peruano, en el tiempo, la de Garcilaso de la Vega, el Inca, aunque la máscara de éste será la cortesía y la evocación humanista, y la reconstrucción histórica, hoy sabemos parcialmente falsa, de un mundo por igual perdido, aquel del padre Conquistador español y la colla noble, la madre del mestizo Garcilaso a quien el padre tuvo que rechazar y suplantar por una esposa legítima y española, y esto, en plena adolescencia del quien escribiera luego los "Comentarios Reales". Garcilaso por todo eso no es sólo el primer peruano por llevar las dos sangres, su gusto de la cuita y de la historia, y el exilio, sino por esa orfandad inicial.

El Cuzcoimperial de la transculturización que sigue a la Conquista y la aldea andina de Santiago de Chuco. Mundos cómodos, abrigados, maternales, placentarios. Mundo de los hermanos "hoy estoy en el poyo de la casa y me haces una falta sin fondo". Por el zaguán y por los correderos y las oraciones vespertinas transcurre la invocación de Vallejo. Está presente el padre, pero como En los pasos lejanos, "si hay algo en el de lejos, seré yo".

¿Quién es ese padre ausente o lejano? Hay aquí lugar para un juego muy vasto de interpretaciones. ¿Quién? El español? ¿La cristiandad occidental? ¿La vieja Europa? ¿Quién es, pues, ese otro, con quien la cultura peruana no deja de mantener un diálogo sordo y no siempre consciente?

Vasto tema el de nuestra modernidad. A mi juicio, incompleta, preterida, inacabada. Quizá porque, entre otras cosas, también este discurre por la asunción desde lo imaginario y lo simbólico de la relación con las civilizaciones paternas y maternales de las que provenimos, mediterránea y asiática, hispánica y andina, africana y en nuestros días, inevitablemente cosmopolita. Diálogo de igual a igual, no de hijo pródigo o infante abandonado. La mayoría de edad cultural se comienza a alcanzar cuando miremos de frente el ojo terrible del Padre.

Orfandad, juvenilismo revolucionario, ausencia y enfrentamiento al Padre. Todos estos temas remiten, finalmente, al diálogo con la modernidad europea. Y ésta, en el proceso de civilización occidental ¿con quién enfrentó su propio dilema? ¿Cuál fue su referencia? Sin duda, la de los griegos y romanos. Con una ventaja para los europeos de la modernidad en los días de Leibnitz y de Descartes. Sus griegos, su antigüedad, estaba muerta y bien muerta. Nuestro "mundo antiguo", en cambio, sigue

los,  
y  
Por  
pero  
"é yo".

ara  
?  
ues,  
n

mple-  
tam-

mater-  
ca y  
olita.  
ido. La  
mos de

enta-  
diá-  
ivili-  
!Cuál  
Con  
de  
ba  
igue

razonando, produciendo cosas en abundancia y de mejor calidad que las nuestras. Su precedencia histórica se dobla en contemporánea presencia económica, tecnológica, militar y política. Tenemos que convivir con una Grecia viviente, que produce además de manufacturas, mitos, simbolizaciones, conceptos y filosofías, modas y ritos. Nada hay más terrible que un Padre que no muera nunca. Cuando en los años veinte Spengler anunció que la cultura occidental como un gran organismo viviente, se enfermaba y moría, un viento de entusiasmo atravesó la intelligenza latinoamericana; la hora del relevo se aproximaba. Pero, por un lado, Europa supo, después de su guerra civil, cicatrizar, levantarse, e inclusive, prosperar. Por otra parte, una suerte de civilización mundial comenzó a formarse, y sigue organizándose, en la cual, el componente occidental es uno, y se infiltra entre hindus y chinos, soviéticos y africanos, japoneses y árabes, unificando de alguna manera el mundo. No hay una modernidad posible, sino varias. El ostracismo de la historia, la adolescencia perpetua, sería la condena del pueblo o las naciones que se aislen de ese movimiento secular y ecuménico. En la historia, decía Lucien Febvre, hay como veintiuno caparazones vacíos. Pero en ese cementerio de civilizaciones hay una, la penúltima, que se ha negado a desaparecer. No podemos esperar la noticia de esa colosal defunción para comenzar a ingresar en nuestra propia adultez, en nuestra modernidad. Una adultez como autonomía histórica simultánea al escándalo o prodigio de la civilización paterna que se ha negado a morir.